

cion para el pueblo y ayudóle en gran manera á comprender esos conceptos demasiado abstractos y filosóficos que son inseparables de toda escuela política.

XXXIII.

Diremos unas pocas palabras sobre otro de sus mas poéticos libros: *La redencion del esclavo*. Así como en cada una de sus obras se ve la influencia de este ó el otro escritor, en esta se vé la influencia de Edgard Quinet. *La Redencion del esclavo* es el canto del oprimido, el suspiro del desgraciado, el poema de las razas encadenadas y envilecidas. Al leerle, se anda entre flores, se pisan gotas de rocío, las estrellas del cielo parece que han bajado á constituir las letras de aquellas páginas; no se pueden leer sin sentirse deslumbrado. Las trasformaciones de la larva-esclavo, ese es el asunto del libro. De suerte que Castelar en él es como el Ovidio del esclavo. Canta sus dolores, sus miserias; siembra imágenes; vierte suspiros; tiene la cólera del historiador, la cólera del filósofo, la cólera del poeta: de las centellas del cielo hace metáforas para arrojarlas á la frente de los tiranos, de las tragedias de la historia rayos para herir á los opresores. *La Redencion del esclavo* es quizá la obra de Castelar en que hay mas fantasía, mas imaginacion. Él dice que cree que es la mejor de las que ha escrito. Yo digo que lo que constituye su belleza es quizá lo que constituye su defecto; yo digo que la fantasía llega en él hasta el delirio, la imaginacion

hasta el desbordamiento. Yo creo en mi ánima que tambien se puede morir en el cielo por plétora de gloria.

XXXIV.

El Ministerio Narvaez cayó bajo el peso de su propio descrédito. No le valió, para sostenerse, aquel combate que sostuvo solo Gonzalez Bravo contra todas las oposiciones reunidas y que le hizo pronunciar catorce ó quince di cursos; no le valió el apoyo tan poderoso del neo-catolicismo, por el que tanto habia hecho el Ministerio. No le valió nada y cayó maldecido por las víctimas que habia hecho. Vino O'Donnell. Los antiguos periódicos vicalvaristas repicaron, ó poco menos las campanas; hubo alegría y alborozo en las casas de los ministros, y pare V. de contar. Sin embargo faltariamos á la verdad histórica si no dijéramos que hubo, ya que no alegría, satisfaccion pública al menos, al ver lejos del Gobierno á un maestro de tigres, como Narvaez, y á un aprendiz de chacales, como Gonzalez Bravo.

Como Narvaez se propuso ser muy liberal al formar su gabinete, O'Donnell se lo propuso tambien al formar el suyo. Y este, sin embargo, hizo alguna cosa. Reconoció el reino de Italia; rebajó el censo; dió una pequeña expansion á la prensa y en aquéllos dias no recogió el «Gil Blas.» Grandes méritos para los partidos liberales. Estos, sin embargo, no se dejaron engañar. Se queria acabar con el retraimiento; resucitar otra vez los tiempos de aquella famosa minoría de los

quince; acabar con aquel fantasma que tenia el trono delante de sí, que enseñaba al mundo un papel en son de protesta, y que concluiria por cambiarle por un fusil, en son de insurrección; volver á la legalidad á los oprimidos, á los engañados, á los perseguidos, á los martirizados. Pero los engañados y los martirizados no se dejaron seducir de nuevo. Desde el banquete progresista de los Campos Eliseos se tramaba algo, que no eran discursos, contra las instituciones. Olózaga habia dicho; «O todo ó nada.» Prim habia consultado á su vieja espada de los Castillejos y ella le habia respondido; «Aun sirvo.» Los progresistas antiguos decian: «Nos engañarian otra vez.» El cólera devastaba á Madrid y se pensaba mas, esto es lo cierto, en los «Amigos de los Pobres,» que en los propósitos del Gobierno.

A poco el cólera empezó á declinar y las ideas como es lógico, á subir. El 5 y 6 de noviembre reunióse en el Teatro del Circo, con autorizacion previa por supuesto, el partido democrático, para nombrar el Comité que habia de dirigir los destinos de la democracia. El partido democrático no recordaba otra reunion como aquella despues de las de 1851 y 1854. Elegido el comité, hablaron muchos oradores; muchos de Madrid y muchos delegados de provincias. Orense, Martos, Salmeron, Soler, Pí y Margall, Luis Blanch, Becerra y otros pronunciaron calorosos discursos. Pero el que embargó como siempre la atencion general fué el de Castelar. «Llevamos once años, esclamaba, desde 1854, sin ninguna interrupcion, once años de decir á los poderes obcecados que hay una democracia viva y pujante apercebida á entrar en la escena pública, y necesitada

de derechos; que hay en las conciencias transformadas por el soplo del siglo una nueva idea científica, una nueva idea filosófica, necesitadas de libertad para espresarse; que hay en el suelo, en este rico suelo devorado antes por la lepra de la amortizacion y de las vinculaciones y hoy apenas emancipado, riquezas que solo pueden brotar al impulso del trabajo libre, de la industria libre, del comercio libre, (aplausos) que hay un pueblo, sí, un pueblo cuyas espaldas son la base de esta sociedad, cuyos brazos son el cincel de nuestros talleres y de nuestros campos, un pueblo á quien se le piden sus hijos para la quinta, su sudor para el insaciable erario, y á quien no se le concede en cambio ningun derecho; un pueblo que reclama asiento en la gran ciudad de los tiempos modernos, para compartir todos los derechos como comparte todos los deberes; reclamaciones de justicia, de dignidad, que si encuentran espacio para desarrollarse y triunfar, se escriben con letras de luz en la prensa y en la tribuna; pero si son ahogadas sin razon y combatidas con crueldad, se escriben con letras de fuego y de sangre en las calles por la mano misteriosa de las revoluciones. (Frenéticos aplausos.)

«¿Cómo se ha contestado á nuestras aspiraciones en once años de paciencia? ¿Cómo se ha tratado el partido que resume todas las nobles reformas de lo porvenir? ¡Dolor inmenso, dolor da decirlo! La mayor parte de los que me estais oyendo, sois demócratas. (Voces: todos, todos.) ¿No recordais el memorial de nuestros agravios? Se nos ha desterrado de todo derecho. Se han calumniado nuestras intenciones, llamándonos enemigos de la propiedad y de la familia. Se han

tratado como conciliábulos nuestras asociaciones, y como criminales nuestros hermanos. (Profunda sensación.) Se han quemado nuestros libros y nuestros folletos. Contra las ideas democráticas, se mantiene con la pitanza de doscientos millones un ejército espiritual; contra los pechos de los demócratas, se aflan para noches como las del 10 de abril bayonetas como las de la guardia veterana. (Ruidosos y prolongados aplausos.)

«Si Montemolin se subleva en la Rápita, se prende al ilustre Sr. Orense, decano de nuestro partido, en Valencia: ví unos pocos demócratas luchar valerosos en Murviedro para abrir las puertas del Congreso á un gran orador. se asesta al corazón del que los capitanea el puñal de un asesino: (sensación,) si ese grande orador entra por las puertas del Congreso, se le llama faccioso, hiriendo su inviolabilidad parlamentaria: si se escribe un programa de gobierno en un periódico ilustre se denuncia; y aunque por la ley ha prescrito, y por los tribunales se ha absuelto, se vuelve á denunciar: si un perfecto caballero, un ardiente tribuno, Ruiz Pons, en cuyo corazón hierven todos los sentimientos generosos, y en cuya cabeza se anidan todas las ideas nuevas, es dos veces absuelto por dos tribunales distintos y competentes, se violan en contra suya todas las nociones de justicia y hasta las prácticas escritas, y se le envía á morir en la amargura y en el destierro: (aplausos y exclamaciones) si un amigo bueno, leal, se detiene en los tristes campos de Olivenza, bajo los rayos de un sol canicular, á recoger el último suspiro de un gran demócrata, á socorrerle en su agonía, á abrigar su

cadáver, esta acción que merece un premio en los códigos morales, por Dios escritos en nuestra conciencia, merece una horca en el código militar de O'Donnell y en la diáfana conciencia de sus gentes: (estrepitosos aplausos) si uno de vosotros, el mas humilde, yo, por ejemplo, llegó despues de quince años de una penosa carrera, de una carrera de trabajos, de fatigas, de desgracias sin cuento, á poner el pié sobre una cátedra, se vuelca en las calles por la aleve mano de un insensato esa cátedra, y para ahogar la adhesión de la juventud entusiasta que vuelve los ojos á su maestro, se sueltan hordas ébrias, en una noche célebre, por las calles, noche de horror que recuerda las matanzas de San Bartolomé, y que convierte á Madrid, la ciudad de 1808, en la Varsovia del Mediodía. (Aclamaciones: aplausos prolongados.)»

De buena gana copiaríamos íntegro el discurso, porque en el habia ya chispas del futuro incendio revolucionario, pero es demasiado extenso. Ocupaba siete columnas en la edición pequeña de la *Democracia*, de donde le copiaron los demás periódicos. Varios párrafos de él, que la *Democracia* no se atrevió á insertar y que otros periódicos trajeron, fueron denunciados. El juez de instrucción llamó al orador, le tomó declaración y la cosa no pasó adelante. Debemos advertir que á la entrada del nuevo ministerio, Castelar habia sido repuesto en su cátedra, medida aplaudida grandemente, pero que despues debió pesar á O'Donnell. Ello es que se venian encima, á mas andar, los tiempos de la lucha armada.

Sin embargo, todavía hubo algunos ilusos, entre los progresistas y aun entre los demócratas— ¡parece mentira!—y demócratas célebres, que decían que á la dinastía no habia que tocarla; que el retraimiento podia ser fatal; que habiendo una mediana libertad aun se podia luchar, y que era muy aventurado lanzarse á la revolucion, y podia ser aquello la ruina del partido. Castelar sostuvo otra vez con ruda energía la política del retraimiento y por fin venció. Hizo en esta cuestion en el partido democrático lo que Olózaga en el progresista. — ¡Fenómeno singular!—Dos hombres de idea y de pensamiento exclusivamente y de ninguna manera de accion, inclinaron á la lucha armada á dos grandes partidos. La lucha iba á comenzar.

XXXV.

Si Castelar ha trabajado mucho durante su vida toda, este año de 1865 fué de los mas ocupados para él. La *Democracia* robábale todo el tiempo de que podia disponer. Con la mirada fija siempre en América, no le abandonaba nunca el pensamiento de la abolicion de la esclavitud. Dedicó un artículo á este asunto: otro á Juarez y Lincoln: otro á la toma de Richmond. «El Norte ha vencido al Sur, escribia lleno de generoso entusiasmo: la república púnica, la república infame de los mercaderes y de los esclavos se ha hundido, y sobre sus ruinas se ha levantado la república democrática, la república de los libres.» Publicó tambien en la *Democracia* este

año otros dos pequeños trabajos. El Plutarco de los demócratas, en el que hacia una ligera reseña de Sócrates, de Espartaco, de Abelardo, de Savonarola, de Bravo, Padilla, Maldonado, Lantza, Rousseau, Washington, Riego, Torrijos, Lacy, Porlier, Mariana Pineda, Garibaldi y Lincoln; y «Una breve historia de la democracia española» en la que pintaba á grandes rasgos la formacion, vicisitudes y suerte del partido democrático español.

Pero, en esto, si los triunfos políticos que habia obtenido su periódico podian y debian lisonjearle, no así la gestion económica. La *Democracia* empezó á ser una ruina para Castelar. Sus pequeños antiguos ahorros iban desapareciendo, como si una mano misteriosa los sumergiera en profundo abismo. La persecucion del gobierno, por una parte, traia á mal traer al periódico: por otra parte habia en él un desorden administrativo de los mas notables. Las cartas para el administrador las abría todo el mundo. Solia acontecer que de una provincia cualquiera escribian al administrador que por qué no remitia tantas suscripciones ó tantos paquetes: el administrador contestaba que porque no habia recibido el importe de ellas ó de ellos: los otros ponian el grito en el cielo y volvian á escribirle diciéndole que ellos habian mandado el dinero, y al fin se descubria que uno cualquiera habia abierto la carta, habia visto la libranza, la habia cobrado y hé aquí todo el asunto. Castelar y Carrascon concluyeron por regañar; hubo entre ellos una especie de pequeño pleito. Carrascon se llevó el dinero que habia traído á la empresa; otro socio llevóse cincuenta mil reales que habia

puesto en fondos, y Castelar quedó solo, abandonado á sus propias fuerzas, teniendo en frente de sí todas las iras del Gobierno, y á sus piés toda la pobreza de su partido. Atrasóse por entonces en muchos miles de duros. Todavía hoy mismo pesan sobre él las consecuencias de aquel desastre económico. Y debemos decirlo en honra suya, tanto mas cuanto que, la honradez no es la virtud de la mayor parte de nuestros hombres políticos, y en algunas ocasiones ha sido preciso estampar en las esquinas carteles que delataban un nombre y una deuda reclamada cien veces y nunca satisfecha; Castelar ha pagado las deudas que contrajo á causa de la *Democracia* y aun las sigue pagando. Cuando en 1866 tuvo que emigrar, dedicó una parte de lo mucho que ganaba con sus escritos á su familia: otra á sus compañeros los emigrados, y otra á pagar las deudas de la *Democracia*. En la emigracion le hubiera sido fácil, alegando las desdichas que trae consigo todo estrañamiento, suspender este pago; pero él debió recordar no solo que las obligaciones contraídas son exigibles en todas partes del mundo, sino que la honradez debe ser una virtud en todas las naciones en que uno se encuentre. Hoy pudiera ser rico, y es pobre, quizá por culpa de algunos.

XXXVI.

Llegó en esto el 1.º de Enero de 1856, año borrascoso, si los hubo. La noticia corria de boca en boca. Prim se habia sublevado con dos regi-

mientos de Caballería, el de Bailen y el de Calatrava, y yo no sé con cuanta infantería. Los progresistas se decian al oido en la carrera de San Gerónimo noticias de las mas agradables; se sonreian, se apretaban las manos y se iba cada uno por su lado. Por la tarde el gobierno hizo venir de Alcalá algunos escuadrones de coraceros allí acantonados y los hizo atravesar por la Puerta del Sol y por las calles mas céntricas para que todo el mundo los viera. Los coraceros iban erguidos, graves, fieros; parecian de la raza de aquellos otros pintados por Víctor Hugo y sepultados en el barranco de Hougoumont, en Waterlloo. Las gentes miraban á su derredor por si les espiaba algun agente de policía, y luego decian al oido del mas próximo: «Estos son los que debieran haberse unido con Prim: han faltado.»

Los periódicos liberales suspendieron su publicacion, hasta ver en qué paraban, como dice el vulgo, aquellas misas. *La Democracia*, como es consiguiente, suspendió tambien sus tareas. Pero aquella insurreccion nació muerta desde el principio. Prim no queria paisanos. El gobierno se limitó á enviar fuerzas que fueran escoltando á los sublevados hasta la frontera. Entráronse estos en Portugal al cabo de muchos dias de marchas y contramarchas, esperando que algun pueblo respondiera á su grito, y así concluyó aquel prólogo de la revolucion. El gobierno se quedó tranquilo, mohinos los liberales y la reina satisfecha.

Reuniéronse los directores de los periódicos de oposicion y discutieron si volverian á salir los periódicos. El acuerdo fué afirmativo: y en Marzo, si no me engaño, volvieron á ver la luz pública. El rigor con la prensa fué extremo entonces. Se sa-

bia que los progresistas conspiraban y no lo ocultaban ellos mismos. El aire olía á pólvora. Si Carlos Rubio enviaba á la *Iberia* desde la emigración unos versos en que se acordaba de su patria, los mutilaba el fiscal, y los que habian quedado los denunciaba; y si escribía cartas tratando de explicar los sucesos de Enero, cada una de aquellas cartas era una denuncia segura. Sobre todos estos males habia otro: el seráfico general Hoyos, Capitan general de Madrid, á quien iban todos los periódicos y que queria fusilar, por un quitame allá esas pajas, cada día un par de periodistas por lo menos, á ver si acababa de una vez aquella maldita ralea. *La Democracia* solia traer algunos dias grandes blancos: otros no siéndola posible publicar nada, copiaba algun que otro sainete de don Ramon de la Cruz. Hoyos se mesaba los cabellos y decia: «Será preciso fusilar á este don Ramon de la Cruz.» El sable era la censura, el estado de sitio la ley, la arbitrariedad la norma, los cañones el derecho.

Aquello no podia durar. Como hay plétora de vida, hay tambien plétora de reaccion. La electricidad fermenta en las nubes y en los corazones. En las reuniones políticas, en los cafés, en los casinos, en todas partes se decian los que se cuidaban de los males de la patria: «Hoy es, mañana es, esta madrugada vá á estallar.» El gobierno tenia la misma zozobra que el último de los ciudadanos: sabia que la mina estaba cargada y pronta á estallar, pero no sabia ni el día ni la hora en que iba á aplicársele la mecha. Era aquella la ansiedad de las ansiedades.

Por fin llegó aquel nefasto día, el tremendo 22 de Junio. Era una mañana tristísima y nebulosa,

menos que la de Villalar, pero tristísima de todas veras. Al amanecer sonaron los cañonazos que indicaban el principio de la insurreccion. En los primeros momentos, Capilla, un gran demócrata, moria al pié del cuartel de Santa Isabel. Los artilleros ébrios de vino y de revolucion, atravesaban algunas calles dando vivas á la libertad y mueras á la dinastía. Iban entusiasmados, locos, con el chacó echado hácia atrás, montados sobre los cañones, delirantes, en completa indisciplina. Parecian sátiros de la guerra. Los paisanos les enloquecian mas y mas. Pierrad apenas podia contenerlos. Fueron á la Puerta del Sol y tuvieron que retroceder. Se colocaron en la calle de San Bernardo y allí se prepararon á morir mas que á vencer. Los sargentos, para animar á los artilleros, les decian: «Vencerémos.» Los que no eran mas que observadores de aquel movimiento desordenado y sin plan, murmuraban: «Moriréis.»

El cañon, en tanto, tronaba lúgubrementé hácia allá abajo, hácia San Gil. Parecian roncós ahullidos de lobos que no hubieran comido en mucho tiempo. Entre medias, se oian descargas de fusilería. O'Donnell, impávido en medio de aquel huracan de balas, Wellington de un día de revolucion, decia á sus ayudantes: «Que toquen á la carga.» La infantería descendía como un alud de los ventisqueros por la calle de Bailen: los artilleros morian heroicamente al pié de las piezas: los cañones, esas bestias feroces de la guerra, cesaban de rugir, de ladrar, y los unos eran clavados, derribados los otros, y prisioneros los mas: por la puerta de atrás del cuartel de San Gil, la infantería del cuartel de la Montaña entraba á la bayoneta: aquella era una

orgía del infierno, una batalla de condenados: las bayonetas chocaban con los machetes, las imprecaciones apenas se oían con los tiros: se pisaban manos, piernas, cráneos, cuerpos que todavía se movían y palpitan: se andaba entre sangre, se pisaban sesos, se metía el pié en entrañas calientes todavía. No conozco otra cosa semejante en la historia de nuestras discordias políticas. Falta á la dinastía un baño postrero, y le tuvo en aquellas termas de sangre abiertas por bayonetas españolas en el cuartel de San Gil.

¿Y qué hacían entretanto los verdaderos motores de la revolucion, los hombres civiles? Hicieron lo que pudieron. Carlos Rubio, llegado á Madrid entre mil peligros, pesando sobre él una sentencia de muerte, peleó como un héroe. Martos, Castelar y otros anduvieron hasta que ya no fué materialmente posible, entre una lluvia de balas, recorriendo las barricadas de los barrios del Norte. Sobre la mesa de Pico Dominguez, en su casa, escribió Castelar una proclama dirigida á los españoles. Pero aquello se acababa: los artilleros en retirada se refugiaban en el barrio de Pozas, y allí se disolvía á los últimos: las barricadas de la calle del Pez, de la plazuela de San Ildefonso y de todos aquellos alrededores eran tomadas unas tras otras; ya no se oían gritos á la libertad, sino los mueras de los vencedores, y los ayes de los heridos. O'Donnell, cuando supó que todo estaba concluido en la zona del Norte, se sonrió con alguna mas alegría de la con que solía sonreirse siempre, y dijo, frotándose las manos: «Ahora vamos al Sur.» A la caída de la tarde el Sur estaba vencido. Algunos patriotas dormían sobre las piedras de la calle el último sue-

ño. En una de las esquinas de la plaza de Anton Martin, en la que dá á la entrada de la calle de la Magdalena, habia grandes charcos de sangre. La batalla habia sido allí empeñada y ruda. Así concluyó aquel dia trágico.

Los jefes mas caracterizados, así civiles como militares, se refugiaron cada uno donde Dios les dió á entender. Pierrad fué acogido en el palacio del duque de Alba. Castelar y algun otro encontraron asilo en la calle del Arenal; de allí á pocos dias pasaron á la calle de Hortaleza en casa de otro amigo; pero como la policía viniera registrando una por una las casas, tuvieron que salir de allí y refugiarse en la embajada de los Estados-Unidos. Allí vinieron á buscarlos Navarro Rodrigo y Abelardo Lopez Ayala, y los escoltaron hasta la frontera para que nadie los detuviera ni se metiese con ellos. Aquel fué el único rasgo de generosidad del gobierno. Despues vinieron las matanzas bárbaras de los sargentos prisioneros, que indicaban que habia una hiena en el trono y un partido-verdugo en el poder. Madrid estaba desolado. En palacio se bailaba por el triunfo obtenido.

XXXVII.

Cuando Castelar se vió en Francia, desterrado, léjos de lo que mas amaba en el mundo, su patria, la Hespéride eternamente sonriente, la tierra que tiene por corona un cielo siempre azul y unas estrellas que parecen sirenas silenciosas dormidas en los océanos del éter, desmayó su